

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

La Novela Semanal Cinematográfica



La casa
grande

PAR
M. Livingstone
Lloyd Hughes
Sam Hardy

50 cts.

STRAYER, Frank



LA CASA GRANDE
(ACQUITEB, 1929)



GENERAL CATALOGUE

22

UNIVERSITÀ: FRANCESCO-MARCO BONTAGNI

M. Livingstone, Lloyd Hughes

Producción Columbia

Distribuída por

Príncipe Films

Aragón, 249

BARCELONA

Prohibida la
reproducción
Revisado por
la censura

Tipografía - Barcelona - Aribau, 906 - Teléfono 75687 - Barcelona

La casa grande

Argumento de la película

I

En la enfermería de un presidio acababa de realizarse una delicada operación.

Irene Mason estaba enferma y su mal requería una rápida transfusión de sangre.

El doctor Bradford, joven, audaz y generoso, se había ofrecido para dar su sangre a la enferma y la operación se había realizado con resultados plenamente satisfactorios.

Irene Mason era reclusa del presidio desde hacía año y medio. Las razones eran su complicidad con una banda misteriosa de malhechores que se dedicaba a todos los trabajos que tenían con la ley algún punto de repugnancia. El tráfico de cocaína, el robo, la estafa: todo esto era para los compañeros de Irene el pan nuestro de cada día.

Sin embargo, en su rostro era imposible descubrir un signo de maldad, porque no existía y sus hechos estaban muy lejos de ser los de una delincuente por convicción y por naturaleza.

Tenía unos ojos negros, muy bellos y expresivos, sombreados por largas pestañas y una boca que invitaba al beso con sus labios húmedos y rojos.

La operación había sido un éxito. Rápidamente el color volvió a las pálidas mejillas y la sonrisa a los labios, quebrados antes en un rictus angustioso.

El director de la enfermería, un doctor prestigioso, había realizado la operación y fué a comprobar los progresos de la enferma.

—¿Cómo se encuentra usted?

—Perfectamente. Con la sangre de ese hombre ha entrado en mi cuerpo la vida.

Y se quedó mirando a Bradford, que asistía a una de las enfermas de las camas inmediatas, de un modo tan significativo, que el director manifestó con su crudeza habitual:

—Me parece que se interesa usted por el doctor Bradford más de lo debido.

Y como ella callara, lo que casi equivalía a una afirmación, añadió el galeno:

—No será por gratitud, pues ese sentimiento es desconocido para ustedes.

El doctor Bradford que había sido atraído por la mirada de Irene y que oyó las palabras del director, acercóse a ellos.

—Verdaderamente, maestro—dijo—, la señorita ya me ha agradecido bastante un acto simplemente humano.

—Bueno, bueno; basta de sentimentalismos.

Y añadió dirigiéndose exclusivamente a Irene:

—Ya sabe usted, señorita, que se ha

cumplido su condena. En cuanto se le dé de alta, puede marcharse.

Y les volvió a los dos la espalda y se marchó.



—Bueno, bueno. Basta de sentimentalismos.

Las densas pestañas habían caído sobre los ojos de Irene con un movimiento de vergüenza y resignación.

6
—No haga caso al doctor, Irene—dijo Bradford—. Todo lo que tiene de rudo tiene de generoso.

—No ha dicho más que la verdad—con-



—Para mí no ha sido un sacrificio.

testó la enferma—. Yo no soy digna del sacrificio que ha hecho usted por mí.

—Para mí no ha sido sacrificio, se lo juro.

Irene tendió su mano para coger la de Bradford en un movimiento de gratitud, pero la vergüenza la obligó a reprimirse.

Y Bradford, que advirtió el gesto, cogió la mano agradecida.

—Espero que se despedirá usted de mí cuando se marche.

—Se lo prometo.

II

El director de la cárcel daba su adiós a Irene.

—Espero, señorita, que el tiempo que ha pasado usted aquí le habrá enseñado que el mejor camino es el camino recto.

—Sí, señor director. Y me ha enseñado más, mucho más.

Al decir esto había en su voz un tono misterioso y conmovido.

—Me alegro de veras...

Y añadió levantándose:

—Ha dicho usted que desca despedirse del doctor Bradford. ¿Verdad?

—Sí, señor.

—Pues voy a mandarle un aviso. Espere usted aquí.

Poco después aparecía el joven doctor en el despacho vestido como un recluso.

Esta circunstancia produjo en Irene una sorpresa indefinible que la hizo ponerse en pie en una convulsión.

—Pero...

Y era tan elocuente su mirada, que Bradford se miró el uniforme y bajó los ojos avergonzado.

—Veo que se ha sorprendido más de lo que yo creía.

—La verdad... Nunca hubiera podido sospechar que era usted... algo más que médico.

—Antes de entrar aquí—repuso Bradford con amargura—era médico exclusivamente. Por eso me pusieron en la enfermería.

—¿De qué le acusaron?

—De haber matado a un hombre.

Irene se estremeció, pero comprendió en seguida que Bradford no era culpable de aquel crimen.

—Cuénteme usted su desgracia. Todo lo de usted me interesa mucho.

—Pues bien, escuche. Me acusaron de



—...Nunca hubiera podido sospechar que era usted... algo más que un médico.

haber matado a un hombre que se llamaba Vasetti.

—¿Antonio Vasetti?

—¿Le conocía usted?—inquirió Bradford, sorprendido.

—De haberlo oído nombrar únicamente: ¡Siga, siga usted!

—Una noche, al regresar a mi casa de una visita de urgencia, encontré a un hombre en mi sala de consultas. Estaba registrando las vitrinas. Lancé una exclamación de sorpresa y él se sobresaltó mucho. Parecía un loco. Tenía los ojos extraviados y las manos le temblaban. Al verme se abalanzó sobre mí y me cogió por las solapas. "¡Voy a volverme loco, doctor! No puedo pasar sin mi droga y usted puede proporcionármela." Comprendí en seguida que se trataba de un cocainómano empedernido y, para amedrentarle, le dije que iba a llamar a la policía. Cogí el teléfono y entonces vi que Vasetti empuñaba un revólver y me amenazaba con él. Sabía que me hubiera matado e hice cuanto quiso con tal de salvarme de una muerte segura. Dejé el teléfono y le entregué un frasco lleno de cocaína. Pero cuando se iba a marchar, salté de improviso sobre él y le sujeté poniendo a prueba mis bíceps pero él me dio un golpe en la mandíbula con la culata del revólver y rodé por el suelo sin

sentido. Cuando desperté Vasetti estaba muerto. Un policía examinaba su cadáver y se descubrieron en la pistola las huellas



—...No puedo pasar sin mi droga...

de mis dedos. En el proceso, testigos falsos declararon que yo vendía drogas y que maté a Vasetti para que no me denunciase. Esto es todo. ¿Qué dice usted ahora?

—Digo que cayó usted en un lazo. Que

aquel robo y aquella muerte obedecían a un plan.

—Eso ya lo he pensado yo. Pero ¿cómo probarlo?



—...Vasetti empuñaba un revólver.

—Tiene usted razón. A veces, es muy difícil. También yo he sufrido las consecuencias de hechos parecidos.

—Lo sé. En su delirio hablaba usted de

traiciones y emboscadas. Así pude llegar a conocerla. Sé de su vida más de lo que usted supone.

—¿Qué sabe usted?—preguntó Irene con visible inquietud.

—No se preocupe de eso. Ya lo he olvidado. Lo único que quiero decirle es que tengo fe en usted y que sé que volverá al buen camino.

—¿Por qué piensa usted así?

—Porque también se lo he oído decir en su delirio... ¡Así sea! Que nada le haga cambiar de propósito... ni siquiera ese Ernesto al que parece temer tanto.

En este momento el director dijo apareciendo en la puerta:

—Han terminado los diez minutos, Bradford.

—Voy en seguida, señor director. Permítame usted que me despida.

Cogió las manos de Irene y fué a formular alguna frase amarga, pero ella lo impidió con estas palabras:

—No me diga adiós, sino hasta luego.

—Esa es mi ilusión, Irene. Hasta luego y que este "luego" no se haga esperar.

III

El hotel Egan era una tapadera y campo de acción de una banda de delincuentes que sabían sortear con habilidad el código penal.

Estaba el director en su despacho, cuando se presentó un hombre para decirle:

—Jefe: el inspector Nelson acaba de llegar.

—Ya lo sabía—repuso el "jefe" sin levantar la vista del papel en que estaba escribiendo:

—¿Lo sabía usted?... ¿Cómo se las ha arreglado para averiguarlo?

—Del mismo modo que me las arreglo para saberlo todo.

Se veía en seguida que aquel hombre era algo más que director y dueño del hotel.

Se llamaba Ernesto Egan y regia los destinos de la banda de malhechores que tenían allí mismo su guarida y su campo de operaciones.

Entró en seguida el inspector Nelson. Egan dejó entonces la pluma.

—Se le saluda, inspector. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—No hay por qué sorprenderse—repuso Nelson en el mismo tono irónico—. Ya sabe el interés que usted y su casa me inspiran.

—Ya lo veo. Pero no necesitaba usted molestarse. Todo es legal aquí. El hotel marcha por sí solo y me deja muy buenos ingresos.

—Más vale así. Tal vez algún día le vea convertido en un buen burgués.

Mientras, se desarrollaba abajo una desagradable escena. Un huésped del hotel se había acercado airadamente al mostrador.

—Voy a presentar una denuncia contra esta casa. Me han robado zafiros y rubíes por valor de veinte mil dólares.

—No habrá sido aquí—repuso el del mostrador—. Este es el hotel más seguro de la ciudad. —

—Eso es lo que me dijo su agente en Los Angeles. Y yo fui tan estúpido que lo creí. Necesito hablar con el director.

—Está bien, señor. Este joven le acompañará.

Y el del mostrador designó al mismo individuo que había ido a anunciar al jefe la llegada del inspector.

Cuando los dos se marcharon, otro individuo se acercó al mostrador y demandó con gesto anhelante:

—¿Ha dicho que viene de Los Angeles? Entonces voy a hablar con él. Quizá sea mi hijo Eduardo el que lo ha enviado.

—¡Dejadme en paz!—repuso el del mostrador con muy malos modos—. Cada vez chocheas más y estás más pelma.

* * *

Nelson se había sentado en una butaca, una vez obtenido el correspondiente permiso de Egan y desde allí vió como la puerta se había y daba paso a un hombre de ademanes descompuestos y rostro demudado.

—¿Es usted el director del hotel?—preguntó a Egan.

—Servidor—repuso éste.

—Pues bien, señor director, voy a presentar una denuncia contra su casa si no encuentran ustedes al ladrón que me ha robado unas piedras preciosas que valen veinte mil dólares.

—El hotel no responde de los valores.

señores—repuso Ernesto—, a menos que se depositen en la caja.

—No me los admitieron—replicó el huésped gritando cada vez más—. Me dijeron que la caja de caudales estaba en reparación.

Egan miró a Nelson con cierta inquietud.

—Usted debió venir a quejarse a mí... Pero, de todos modos, haré cuanto esté en mi mano para recuperar esas piedras.

La puerta se había cerrado y a Nelson le bastó advertir que el acompañante del huésped se había ido, para acercarse a éste y decirle:

—¿No hablará usted un poco precipitadamente, caballero? ¿Se ha registrado bien los bolsillos?

—Sí, señor.

—Sin embargo, debe volver a registrárselos.

El huésped obedeció y quedó perplejo al ver que en un bolsillo exterior de la americana llevaba la bolsita con las piedras. Las contó y aumentó su sorpresa al ver que no faltaba ninguna.

—No me explico lo sucedido, señor director—balbuceó el huésped—. Le pido mil perdones.

Y se fué, pensando:

—Pero, señor, ¿cómo me habré registrado yo los bolsillos?

Nelson, en vez de volver a sentarse en la butaca, preguntó a Ernesto Egan:

—¿Puede usted explicarme por qué alguien robó esas piedras, y luego, ante el temor de ser descubierto, las volvió a dejar donde estaban?

—¿Acaso me lo puede usted explicar a mí, Nelson?—repuso Egan sin alterarse.

—Por ahora, no. Pero acaso algún día se lo pueda explicar.

—Bien, querido Nelson, ¿desear algo más de mí?

—Sí, quisiera que me ayudara usted a descubrir el asesino de Antonio Vasetti.

—¿No sabe usted que un joven doctor llamado Bradford está a la sombra hace más de un año por ese crimen?

—Sí, pero sospecho que no es él el culpable.

—Yo, en cambio, creo que le incumbe

toda la culpa de ese crimen. Por lo tanto, no tengo por qué ayudarle a buscar a otro criminal.

—Entonces, adiós. Ha terminado mi visita.

—Adiós, amigo mío. Y ya sabe: siempre a sus órdenes.

Con aquella cortesía en la que había un tonillo entre burlón y retador, le acompañó hasta la puerta.

IV

Apenas vió bajar al huésped, Smith, el padre de Eduardo, se abalanzó sobre él.

—¿Ha dicho usted que venía de Los Angeles, señor?

—De allí vengo.

—¿Y ha visto usted a mi hijo Eduardo?

No pudo oír la respuesta. En aquel momento se acercó a él un ordenanza para decirle:

—Unos caballeros desean verle en el acto, señor Smith.

Y le cogió de un brazo y se lo llevó a viva fuerza.

Los caballeros no eran más que dos

"ganchos" de la banda, los cuales le recibieron con muy malos modos.

—¿Qué es lo que pretendes, viejo estúpido; ir con el soplo al pollo que queremos desplumar?

—No. Únicamente quería preguntarle por mi hijo Eduardo.

—¡Ya nos estás jeringando con tu Eduardito! No sé cómo el jefe tiene paciencia para aguantarte. Yo, en su lugar, ya te habría enviado a la cárcel o al otro mundo, que para ambas cosas se pinta solo Egan.

—Si yo estoy entre vosotros es por salvar a mi hijo. Di a Egan todo cuanto tenía y he hecho lo que no debía hacer, con tal de que cumpliera su promesa de alejar a mi hijo de todos estos enredos.

—Pues si esperas que el jefe haga eso, ya puedes echarte a dormir.

* * *

Cuando bajó al salón Ernesto Egan, uno de la banda le salió al encuentro para decirle:

—No puede imaginarse quién está aquí esta noche, jefe.

—Una persona que acaso le interese, mejor dicho, le siga interesando.

Ernesto paseó por el comedor una mirada de curiosidad. No vió a nadie.

Sin embargo, un camarero se acercó a él y le dijo sonriendo misteriosamente:

—Sigame y siéntese donde yo le diga.

Se sentó donde le indicó el camarero. Seguía sin ver nada. Pero cuando el mozo quitó el gran ramo de flores que había en el centro de la mesa, descubrió a Irene, sentada en el otro lado.

Le sorprendió, a pesar de que tenía la buena costumbre de no sorprenderse de nada.

—¡Caramba, chiquilla! ¿De dónde has salido?

Irene sonrió amablemente.

—Bien lo sabes, pues tú fuiste quien me mandó allí.

—Es un empeño estúpido el achacarme a mí la culpa de tu... véreame.

—¡Bah! Eso ha pasado. No volvamos a pensar en ello. Ahora haz el favor de decir que me traigan algo que me compense del año y medio de inanición que he tenido que sufrir en la cárcel.

Le sirvieron todo cuanto quiso y a los postres ya hablaba con Ernesto confidencialmente.

¡Llegó de pronto Nelson.

—Buenas noches, Irene.

—Hola, mi querido inspector—repuso la joven con burlona reticencia.

—¿Qué tal le ha ido por la Casa Grande?

—Si he de decirle franca, profiero el Ritz.

—¿Por qué?

—¿Quiere usted un consejo, amigo Nelson?

—Venga.



—Buenas noches, Irene.

—Pues ocúpese únicamente de sus propios asuntos.

Y, despreciativamente, le volvió la cabeza y siguió hablando con Ernesto.

* * *

Como consecuencia de aquella conversación, Ernesto condujo a Irene a cierta habitación del primer piso del hotel.

—¿Ves? Sigue siendo tu habitación. ¿Todo está como tú lo dejaste.

Irene paseó por la estancia, contemplándolo, reconociéndolo todo.

—¿Qué feliz me siento al volverme a encontrar aquí!

—¿Entonces, tus vacaciones no te enseñaron nada?

—He vuelto a buscarte. ¿No te demuestra eso lo que me enseñaron?

Estaba realmente encantadora. Ernesto se acercó a ella, mirándola fija y apasionadamente a los ojos.

—Y quizás vuelva a ser todo como

antes, querido—añadió—, pero necesito tiempo para reflexionar.

Aquella dilación enfrió un tanto el entusiasmo de Egan, el cual se sentó en el sofá y quedó un instante en silencio, reflexionando.

—Me parece deducir de tus palabras que otro hombre se ha interpuesto entre nosotros.

—¡Qué tontería!—mintió Irene— El presidio no es lugar a propósito para hacer conquistas.

—Sin embargo, en las enfermerías de las cárceles hay médicos. Y sé de uno llamado Bradford que...

Irene se turbó ligeramente y, para disimularlo, se volvió de espaldas a Ernesto.

—Pero no lo he creído—rectificó Egan antes de terminar—. Sé que eres una muchacha prudente y que no arrostrarías mi enemistad por una tontería así.

—Naturalmente.

—Lo que sí sospecho es que quieres valerte de mí para sacarle de presidio.

Otra vez se turbó Irene. Aquel hombre parecía dotado de facultades telepáticas.

Pero halló un tono indiferente y tranquilo para decir:

—No pienses mal, Ernesto. Ese médico me salvó la vida y tengo con él una gran deuda de gratitud. Eso es todo. ¿No comprendes que si he vuelto aquí es porque quiero estar a tu lado?

—La verdad: no estoy muy seguro de eso.

Y preguntó tras una breve pausa:

—¿Te complacería que tendiera la mano a ese médico?

—Sí, Ernesto—dijo ella disimulando heroicamente su emoción—. Así saldaría la deuda de gratitud que tengo con él.

—Entonces, pronto estará en libertad.

V

Los "ganchos" entraron en la habitación del jefe arrastrando a Smith.

Uno de ellos dijo:

—Ya se lo habín advertido, Egan. Sospecho que este pájaro tiene sangre de *so-plán*. Lo hemos pillado hablando con el huésped de las piedras preciosas.

Egan le miró compasivamente.

—Vas haciéndote viejo, Smith, y tendré que buscarte un trabajo tranquilo.

Smith le miró con terror.

—¿No querrás mandarme a la cárcel?

—A propósito de cárcel... Hace unos

días recibí una carta para ti y la abrí por equivocación. Es de tu hijo Eduardo. Tómala.

El viejo la abrió con vehemencia y su alegría se trocó en pesar instantáneamente.

—¡Ya le han echado el guante!—exclamó compungido.

—Pero hay un medio de salvarle.

—Como si no lo hubiera. ¿De dónde voy a sacar los nueve mil dólares que me pide?

—Tienes un medio para conseguir ese dinero.

—¿Cuál?

—Yo te lo daré.

—¿Tú?—exclamó Smith con incredulidad.

—Yo, sí. Pero has de declararte asesino de Antonio Vasetti.

Smith se estremeció.

—Eso significa la cadena perpetua!

—Pero significa también la salvación de tu hijo.

El viejo estuvo un momento vacilando.

Por fin se echó a llorar y dijo mientras salía de la habitación:

—Déjame pensarlo, déjame pensarlo

* * *

Al quedar a solas con el jefe, dijo uno de los "ganchos":

—No comprendo su interés por sacar a Bradford de presidio.

—Lo hago, sencillamente, porque Irene piensa en él.

—Pues ahora lo comprendo menos.

—Ya lo comprenderás algún día. Por ahora límitate a ver, oír y callar.



Se decidió por fin el viejo Smith a realizar el gran sacrificio y un día ingresó en la prisión al mismo tiempo que Bradford salía de ella.

En la puerta esperaba al joven la primera alegría. Había un auto y de él bajo una dama. Y esa dama era Irene.

Llevados de un impulso misterioso se abrazaron sin cuidarse de que muchos ojos estaban pendientes de ellos.

Después subieron los en el coche del que había bajado Irene y emprendieron el camino de la ciudad.



Inmediatamente funcionó un teléfono cerca de la cárcel.

—Ya ha salido Bradford, jefe. Va hacia ahí con Irene, en un auto.

—Síguelos a Tarrytown—repuso Ernesto Egan—. Allí está todo preparado y recibirás instrucciones.

Al llegar a Tarrytown, el auto se detuvo súbitamente y poco después decía el chofer a los viajeros:

—Habrán de esperar a que vayan por otro coche. Este tiene una avería de importancia. Pueden entrar en ese café. Estoy de vuelta en seguida.

El café estaba allí delante mismo y a Irene y a Bradford les pareció excelente la idea.

En el café continuaron la conversación que habían entablado en el auto.

—Verdaderamente, Irene, nunca podré pagarle lo que ha hecho usted por mí.

—Lo único importante ahora es que los dos estemos libres y juntos.

—Entonces, algún día, cuando tenga una posición, me atreveré a pedirle... ¡No, no!; sin duda es demasiado atrevimiento.

—No lo es—se apresuró a responder Irene—. Cuando usted quiera pedirme "eso", yo le escucharé con mucho gusto.

En este momento entró en el café un caballero que se fué al mostrador y pidió con vehemencia.

—¡Pronto! El listín de teléfonos. Ha habido un accidente y necesito un médico en seguida.

Bradford e Irene se miraron. En los ojos de él había una expresiva demanda que ella supo leer.

—Sí, sí. Vaya usted. Aquí le espero.

Bradford se acercó al caballero del mostrador.

—Perdóneme... Yo soy médico. ¿Puedo servirle en algo?

—¡Ya lo creo! Venga usted inmediatamente. No hay tiempo que perder.

Irene vió como subían los dos a un auto que estaba parado en la puerta y arrancaba velozmente.

Y vió algo más. A sus espaldas había oído el chispazo de un encendedor. Se volvió y advirtió que allí estaba Ernesto Egan, apoyado en una columna y tratando de encender un cigarrillo.

Todo lo comprendió en seguida. Se puso en pie con expresión de terror.

—¡Ha sido una emboscada!—exclamó—. ¡Qué necia he sido!

Ernesto se acercó a ella.

—Tú querías que te sacase de presidio, ¿no es verdad? Pues ya lo he sacado. Nada más puedes pedirme.

—¡Sin duda estaba loca cuando esperé algo noble de ti!

—Nada de escenas. Vamos a casa. Allí hablaremos con calma.

Irene se dejó llevar. Sólo estando cerca de Ernesto podría tener esperanzas de recuperar a Bradford.

VI

Bradford no se dio cuenta de que le habían tendido un lazo hasta que se vió en la casa en que, según su acompañante, había ocurrido un accidente.

Le hicieron pasar a una habitación y le dejaron allí con dos individuos que jugaban tranquilamente a las cartas.

—¿Dónde está el accidentado?—preguntó Bradford.

—El accidentado lo será usted dentro de unas horas—repuso riendo cínicamente uno de los que jugaban.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me han traído aquí?

—Haga el favor de no escandalizar, joven. No nos deja usted pensar las jugadas.

Bradford paseaba nerviosamente de un lado a otro.

—¡Ay de ustedes como hayan hecho algún daño a la muchacha!

—De la muchacha se ha encargado el jefe, que está acostumbrado a tratarla.

—¡Esto les costará caro!

Uno de los jugadores dejó las cartas y sacó del bolsillo un revólver que comenzó a limpiar con un paño. El otro se dedicó a hacer solitarios.

De pronto, aquél dejó el revólver sobre la mesa y exclamó alegremente:

—¡Eres tremendo, Mac! Hasta en los solitarios haces trampas.

Al ver el arma abandonada sobre la mesa, Bradford pensó que podía estar en ella su salvación y, acercándose cautelosamente, la cogió de improviso y encañonó a sus secuestradores.

—¡Por fin, van a hablar ustedes claro!
—dijo amenazadoramente.

Pero Mac no levantó la vista de las cartas y su compañero se echó a reír.

—¿Nos cree usted tan tontos que vamos



—¡Por fin, van a hablar ustedes claro!

a dejar un arma cargada al alcance de su mano?

Bradford vió que, en efecto, no había un solo proyectil en el cilindro y arrojó el revólver sobre la mesa furiosamente.

—¿Tendrán ustedes muchos disgustos si este atropello sigue adelante!

—Pero nos podremos librar de ellos—repuso en seguida el compañero de Mac—. Sobre todo ahora que tenemos sus huellas dactilares en este revólver.

Y se puso un guante y cogió el arma para guardarla.

* * *

Irene era presa de parecidas inquietudes en casa de Ernesto Egan.

—¿Qué has hecho de Bradford? ¿Lo dirás de una vez?

—Nada malo le sucede—repuso Egan con burlona sonrisa—. Nuestros buenos amigos Gabriel y Mac se han encargado de él. Y también se encargarán de ti si no eres razonable.

Y se fué hacia la gramola que estaba en aquella misma habitación y la hizo funcionar.

Jamás había oído Irene una placa tan extravagante.

—¡Para ese chismel ¡Es una música estúpida!

—Si la comprendieras no dirías eso. En tu vida has oído una música más substancial.

—No creas que vas a desconcertarme ni amedrentarme, Ernesto. Si a Bradford le sucede algo malo lo pagarás más caro de lo que puedes figurarte.

—¡No hables tan alto, querida! Ya sabes el efecto que me producen las amenazas.

Y continuó apoyado en la gramola, llevando con la cabeza el compás de la extraña musiquilla.

Irene, desesperada, dió un puñetazo en la mesa y se quedó muy sorprendida al ver que se abría automáticamente un cajón y que en él había un revólver.

Se apoderó de él con movimiento rápido y apuntó a Ernesto.

—Dispones de cinco minutos para hacer que el doctor venga aquí.

Egan leyó en aquellos ojos una decisión que le hizo parar la gramola.

No obstante, dijo sonriendo:

—Sé que no dispararás, pues yo soy el único que puede salvar la vida a tu doctor... Sólo cuando lo necesite mi salud entrará aquí un médico.

Irene, confundida por la indignación, apretó el gatillo.

Ernesto se llevó la mano a un hombro con un gesto de dolor, dió un paso atrás y se dejó caer en una butaca.

—Ahora necesitas un médico, Egan, y mientras yo viva, sólo uno entrará aquí. Ya sabes cuál es.

—Has ganado la partida, Irene. Telefona a Gramercy, 9009. Allí está Bradford.

Irene se apresuró a telefonar.

—¿Eres Mac? Aquí, Irene. Egan está herido. Traed al doctor Bradford en seguida.

Hubo una pausa. Por fin contestó Mac:

—Si Egan quiere que vaya Bradford que lo mande él mismo.

—¡No me creen!—exclamó Irene dejando el auricular sobre la mesa—. Dicen que les des la orden tú.

Pero Ernesto, aunque lo intentó, no pudo levantarse.

—Toca el disco que está puesto en la gramola. Es un código de señales que me sirve para entenderme con mis hombres.

Estaba densamente pálido. La sangre ponía en la pechera de su camisa una gran mancha roja.

Irene hizo funcionar la gramola y acercó a ella cuanto pudo el transmisor.

VII

Al entrar en el hotel acompañados de Bradford, que llevaba en la mano su maletín, una mano detuvo a Mac cogiéndole por el hombro.

Mac no pudo ocultar un gesto de desagrado al ver a Nelson.

—¿Qué sucede? ¿Hay alguien enfermo?

—No, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Como he visto pasar al doctor con su maletín!...

—Ese joven no es doctor. Es el afinador del piano.

Nelson le dejó marchar mientras pensaba: "¿Será que el piano tiene apendicitis? ¡Pues ese individuo se parece al doctor Bradford como un huevo a otro huevo!"

* * *

Al ver entrar al doctor acompañado de Mac y de Gabriel, Egan dijo a éstos que se fueran y le dejaran a solas con Bradford e Irene.

Ellos no habían reparado en la presencia del herido para manifestarse su mutua alegría al volverse a ver sanos y salvos.

—¿Dónde está el herido?—preguntó Bradford.

—Ahí lo tienes—repuso la joven señalando la butaca en que Ernesto desfallecía.

Bradford se dispuso a atenderle, pero Irene le detuvo cogiéndole de un brazo.

—¡No, Bradford! Es mejor que huyamos. No volveremos a encontrar una ocasión como esta.



No habían reparado en la presencia del herido para manifestarle su mutua alegría.

—¿Qué dices, Irene? ¿Cómo vamos a abandonar a un hombre en semejante situación? No podemos hacer eso.

Al mismo tiempo que hablaba, se levantaba las mangas y requería el maletín.

El rostro de Ernesto había cambiado de expresión. Aquel hombre acababa de dar a Irene una lección de generosidad y a él un magnífico ejemplo de nobleza que no creía pudiera haber en ningún corazón humano.

Lo desesperado de su situación le hizo comprender mejor el alcance del rasgo de Bradford.

Este se acercó al sillón y descubrió inmediatamente la herida.

Su semblante adquirió una expresión de confianza al ver que la bala se había introducido junto a la clavícula.

—¡Bah! Seguro que no es nada. No puede haber interesado ningún órgano importante.

Lavó y vendó la herida. Después aplicó una inyección a Egan y el efecto fué rápido.

—¿Se siente usted mejor?—le preguntó el médico solícitamente.

—¡Ya lo creo! Me ha dado usted la vida.

—Pues dentro de unos días estará usted como si tal cosa. La herida se habrá cicatrizado y no quedará de ella el menor vestigio.

Se volvió hacia Irene con un gesto de satisfacción, pero ella demostró encontrarse en un estado de ánimo muy distinto.

—¿Por qué me miras así, Irene?

—Porque has sido un tonto.

—No es tontería devolver la vida a un hombre. Sin duda estás ofuscada.

—Ya me lo dirás dentro de ocho días, cuando este hombre te haya enviado a presidio.

—¡Calla, Irene!—dijo severamente Ernesto Egan—. Estás en un gran error. Bradford ha demostrado ser muy superior a ti y yo le debo mucho. Si he de ser yo el que le mande a presidio se pasará la vida en libertad... en la libertad que merece.

—Como comprenderás, tengo motivos sobrados para dudar de tu nobleza.

—Acaso tengas razón, pero es lo cierto, que estoy decidido a obrar como no he obrado nunca.

—¿Qué te propones?

—Lo contrario de lo que tú pensabas. Tú decías que iba a enviar a Bradford a presidio. Pues bien, lo que voy a hacer es asegurarle la libertad.

—¿Cómo?

—Parece que he logrado despertar tu curiosidad.

—¡Habla, Ernesto, por favor!

Entretanto, otra conversación también muy interesante, tenía lugar a la puerta de la habitación.

Mac y Gabriel se habían instalado allí cuando Egan les despidiera.

—¿Qué te ha preguntado, Nelson?—inquirió Gabriel.

—Ya puedes suponerlo. Que quién estaba enfermo.

—Entonces es que ha reconocido a Bradford.

—Seguramente.

—Pues hemos de procurar no perderlo de vista. ¿Dónde está?

—Ahora mismo estaba en el vestíbulo.

—Pero ahora no se le ve.

—Ese demonio de hombre va a volvernos locos. Vayamos en su busca.

Y mientras le buscaban, Ernesto había comenzado una interesante confesión.

—Puedo demostrar que no fué Bradford quien mató a Antonio Vassetti.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Diciendo que fui yo, que es la verdad.

—¿Tú lo mataste?

—Sí, yo lo maté. Me convenía. Ya sabes las conveniencias que tengo yo a veces. Le hice entrar por la droga en casa del doctor, asegurándole que le defendería en caso necesario. Yo sabía que a esa hora regresaría Bradford y que se entablaría la consiguiente lucha. Después de eso, era muy natural suponer que Bradford le había matado. Y así sucedió, en efecto. Pude realizar el crimen con completa impunidad.

—¡Es horrible!

—Tú lo has dicho, Irene: es horrible... es horrible este arrepentimiento... Podré asegurar la libertad de Bradford, pero no

habrá quien le quite los meses que pasó en la cárcel.

—¿Y piensas confesar tu delito?



—Tú lo has dicho, Irene. Es horrible.

—Así lo haré. Pero nos exponemos a que la policía no me crea. ¡Le he dicho ya tantas mentiras!

Se abrió de pronto una puertecilla que comunicaba con la habitación de al lado y dijo una voz:

—Yo sí que te creo, Egan. De modo que no te aflijas por eso.

Era el inspector Nelson.

Ernesto Egan no se inmutó.

—Me alegro de que lo hayas oído todo, viejo enemigo. Así será un hecho el que Bradford no vuelva a la casa grande aunque se descubra que Smith no fue el que mató a Vasetti.

—Le felicito—dijo Nelson con sinceridad—. Y dígame: ¿se siente usted con fuerzas para dar un paseito?

Ernesto probó a levantarse y lo consiguió.

—Gracias al doctor—dijo— puedo acompañarle donde guste.

—Entonces vamos.

Ernesto se despidió de sus amigos antes de salir. De Bradford hizo algo más que despedirse.

—Celebro de veras—le dijo—que Irene sea para un hombre como usted.

El doctor le estrechó la mano conmovido y también Irene se impresionó ante tanta entereza.

Ambos lo vieron salir con paso un tanto

inseguro y apoyado en el brazo de Nelson. Y quedaron solos.

—Debo felicitarle—dijo Bradford—.



—Celebro de veras que Irene sea para un hombre como usted.

Ese hombre se ha redimido gracias a mí.

—Y gracias a él tenemos la felicidad nosotros. ¿No te parece?

—No hay duda. Si él no nos hubiera

mandado a la cárcel no nos habríamos conocido.

Las palabras se fueron apagando. Por fin hablaron sólo los ojos. Y callaron los ojos para que los labios expresaran aquel mutuo y hermoso amor en un largo beso.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbatá, 16; MADRID: Caños, 1

**Ediciones especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Gran éxito de la emocionante novela

Las dos huérfanas

por **LILLIAN Y DOROTHY GISH**

que acaba de aparecer.

Próximamente

La canción de la estepa

por **LAWRENCE TIBBETT**

¡Siempre lo mejor!

En preparación:

Mudo y sonoro

Revista cinematográfica popular semanal de
EDICIONES BISTAGNE

J A J A Y

(Semanario optimista)
editado por

EDICIONES ADÁN Y EVA

La Novela Teatral

Novedad que llamará
poderosamente la atención

Formidable éxito de

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece con gran éxito todos los sábados
48 páginas de amena y sana literatura
Postal-regalo en bicolor

Precio: 30 céntimos

Le conviene adquirir rápidamente,
porque se está agotando, la famosa
novela de

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

La Vida, el Deseo y la Víctima

Es la obra cumbre del popular novelista, cuyas famosas producciones, traducidas a los más importantes idiomas, están alcanzando un éxito mundial.

De venta en todos los quioscos y librerías de
España y América. 5 pesetas ejemplar

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA

Publicación semanal

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal

de novelas modernas

Precio: 30 cts.

¡Los éxitos del Cine sonoro!

Follies 1929

Broadway Melody

Letra y música

El mundo al revés

Casados en Hollywood

Un plato a la americana

Noches de Broadway

Precio: 50 céntimos

E. B.